

Un cielo gris de octubre (Gaya creyente)

October Grey Sky (Gaya Believer)

Pedro GARCÍA MONTALVO

Universidad de Murcia
montalvo@um.es

Recibido: 23 de noviembre de 2010

Aceptado: 24 de noviembre de 2010

Resumen

El artículo hace un recorrido por la vertiente religiosa del pintor y escritor Ramón Gaya, haciendo referencia a distintos momentos de su obra literaria en los que se escribe sobre temas relacionados con la teología. Asimismo, se comentan otros puntos que tratan de la estética en su relación con la dimensión religiosa de la creación, tanto escrita como pictórica. Por otro lado, se pone en relación esta parte de los libros de Gaya con determinados aspectos de su biografía que iluminan su visión de la creatividad en el entorno de la trascendencia divina, tema que vuelve de manera recurrente y central en toda la obra escrita del autor.

Palabras clave: Ramón Gaya, Filosofía, Estética, Arte, Literatura.

Abstract

This article focuses on the religious side of Ramón Gaya, both as a painter and a writer, paying special attention to different moments in his literary work, in which he writes on issues related to theology. Other aspects dealing with aesthetics in its relationship to the religious dimension of creation, both in writing and in painting, are also discussed. Furthermore, this feature of Gayas's books is connected to specific aspects in his biography that enlighten his vision of creativity in the realm of regards divine transcendence, a recurrent and central theme in the written work of this author.

Keywords: Ramón Gaya, Philosophy, Aesthetics, Art, Literature.

Nadie, en nuestro mundo occidental, puede recordar en qué instante escuchó por primera vez el nombre de Dios, aunque la divinidad estuviera desde siempre en su alma. El niño que fuimos guarda ese secreto en lo hondo de nuestra vida. Yo pienso que lo oiría en boca de mis padres, o de mi abuela, quizás como un eco de luz en aquellas tardes oscuras de la postguerra; o, siendo yo muy pequeño, de labios de la maestra de la escuela, o en un acto de la iglesia de mi barrio. Quién sabe...

Con el tiempo, ya nos es fácil poner fecha a la relación que tenemos con las distintas apariciones del nombre de la divinidad. Así, por ejemplo puedo recordar la primera vez que vi el nombre de Dios en las páginas de Ramón Gaya. Hace muchos, muchos años nos presentó un gran amigo común, Eloy Sánchez Rosillo. Pero un poco antes de conocerlo, otro buen amigo, José Rubio, me regaló un ejemplar de la obra de Gaya *Velázquez, pájaro solitario*, en la edición primera de la Editorial R M, de Barcelona, aquella de cubierta marrón verdoso y clara tipografía. En una de las páginas iniciales leí que ciertos personajes de la creación humana, como el Niño de Vallecas, eran verdaderas “criaturas de Dios”. La mención de la divinidad en esas líneas era la primera que yo encontraba unida a la persona de Ramón. Luego la encontraría en muchos otros lugares de su obra.

En su vida cotidiana, Gaya no era muy dado a conversaciones trascendentales sobre temas religiosos, aunque las aceptaba, llegada la ocasión, según yo pude escucharle. Sin embargo, abordó con pasión el tema de la creencia en sus escritos, y llegó a hacer una auténtica profesión de fe en una de sus páginas. En su *Diario de un pintor*, en una anotación hecha en Venecia, el 12 de febrero de 1953, escribe:

Creo en Dios, en la naturaleza, en la realidad, (...) y creo también en la persona, en las personas.

Podría enumerar muchos otros rincones de la obra gayesca donde se habla de lo divino. Pero hoy me gustaría hablar de un momento muy especial en el que tuve una impresión de la cercanía de Dios por una experiencia relacionada con Gaya –una experiencia suma, definitiva, como se verá–, que nunca podré olvidar, y que quiero poner aquí por escrito. Lo hago porque ilustra al Gaya creyente que yo quiero traer a estas líneas. Y porque a él le debo esta experiencia en cuanto que no se hubiera producido sino porque Ramón tenía fe, y con su creencia influyó en mi propio creer en Dios. Sin la fe de Gaya, esto que voy a contar no hubiera tenido lugar nunca. Fue, además, real y simbólicamente, mi último encuentro con él, como ahora relataré.

He hablado del día lejano en que Eloy Sánchez Rosillo me presentó a Ramón.

Nos presentó en un cementerio de Murcia, en un sendero de altos cipreses, en medio de la gente que caminaba en silencio, por la muerte de alguien. Mientras andábamos, Eloy nos dijo: “Quizás no sea el mejor momento, pero, bueno... Ramón, Pedro”. Los dos nos dimos la mano, sin hablar mucho, claro está, por el sitio en que estábamos.

Una vez comiendo en Madrid, en el restaurante Botín, con otros amigos, Ramón lo recordó, con una sonrisa: “Pedro y yo nos conocimos en un cementerio”. Y alzó pícaramente las cejas, como diciendo: “Vaya un lugar para conocerse”. Hubo quizás alguna broma de quienes estaban con nosotros.

Sí. La primera presentación te la hizo un amigo. El primer encuentro es un encuentro parcial, humano, en el que conocemos la corteza, caliente como el pan, amigable, de la persona. Un contacto terreno, unido a la carne, al cuerpo, y, sobre todo, a la individualidad concreta de la persona.

Pasaron los años. El 15 de octubre de 2005, Ramón murió en Valencia, a los noventa y cinco años, poco días después de su cumpleaños. Al día siguiente, en el cementerio de Nuestro Padre Jesús, de Murcia, de nuevo entre altos cipreses, un grupo de amigos murcianos esperamos la llegada del coche fúnebre que venía de la ciudad valenciana, acompañado por su viuda, Isabel Verdejo, y otro grupo de amigos, para lo que iba a ser un entierro íntimo, recogido, en esa mañana gris de octubre, que amaneció sin sol, aunque también sin frío. Poco después, la propia Isabel, en una entrevista concedida al periódico *La Verdad*, diría que nada estaba preparado para esta ceremonia, porque Ramón no había dejado dicho nada sobre su funeral, pero que, a lo largo de su vida, de una manera indirecta, su marido había dejado claro cómo debía ser ese momento: sencillo y testimonial. Un cura, por tanto, presidía la escena, ante una tumba abierta que pertenecía a un grupo de sepulturas recién creadas por el Ayuntamiento de Murcia, en una parte central del cementerio, bajo los árboles.

Llegó el momento. El féretro quedó por unos momentos situado junto a la tumba abierta, mientras los operarios preparaban sus cuerdas. Había un silencio intensísimo. De pronto, sentí que de nuevo alguien me *presentaba* a Ramón.

He dicho que en la primera presentación de una persona, todo se queda en lo humano allegable y concreto.

Así es. Pero ahora alguien te presenta nuevamente a Ramón. Por una extraña simetría de las almas, a la hora de esta nueva presentación, en la despedida, vuelve a haber un cementerio entre Ramón y yo.

Ahora no es un amigo quien hace la presentación, sino la Muerte, es decir la vida en su más hondo término, el puro ser.

La muerte hace una especie de presentación no ya en sociedad, sino ante el mundo entero, urbi et orbi; una “puesta de largo” de la persona ante la realidad, ante la plenitud de la conciencia ajena. En lo universal, en el espíritu.

Esa imagen que ves no te dice que haya que hacer algo con esa persona. Pero es como si te lo dijera. Te pone absolutamente delante a esa persona. Paradójicamente ahora no podrías negar de ninguna manera que *existe* o que está *viva*. Y tampoco esa persona te pide nada. Sólo te mira, en silencio. Todo en ella es pura mirada, sin otra carne humana. Y lo ves, al mismo tiempo, libre de ti, y completamente dependiente de ti. Pero intensamente vivo.

Ahora, tras su muerte, miro la mañana y, en virtud de la presentación hecha por la Muerte, se produce un encuentro inesperado, nuevo. Lo que yo creía sólo pérdida, distancia, era el encuentro inapelable, desde la raíz, con la persona entera, vuelta ahora toda alma, alma hacia fuera, ya no hacia dentro: una cita radical con toda la persona. La reunión plena, última, de los dos.

La presencia intermitente de Ramón Gaya es ahora presencia total. Este segundo encuentro es definitivo, completo. Él se ha dado todo, está, objetivado, en todas partes. No en el lugar concreto que ocupaba su persona, sino en el aire vivo -el aire que él vivifica con su muerte- que nos rodea, y que viene de los confines de este cielo de octubre, hasta este rincón del cementerio.

Recuerdo que en la película *Ordet*, de Dreyer, el “loco” Johannes consuela a la hija jovencita de la madre muerta, diciéndole que la madre que muere se ocupa todo el tiempo de su hijo. Ahora tiene todo el tiempo para él. Antes se tenía que ocupar de muchas cosas. De eso hablan Johannes y la pequeña Maren como de la cosa más natural del mundo. Poco después tendrá lugar la resurrección de esa mujer profundamente *dormida*.

En su nuevo estado Gaya no tiene ya ocupaciones vanas, ni necesidades vitales. Lo único que ha de hacer es darse. Ya se daba parcialmente en su tiempo humano, en su amistad, en su obra. Pero ahora la dedicación, la entrega, son completas.

La realidad del cementerio seguía su curso. Recuerdo que había, en la cuadrícula o zona contigua a la que ocupábamos, una pareja gitana. Los recuerdo vívidamente. El hombre estaba de pie. La mujer, arrodillada, se esmeraba en poner unas flores, y en limpiar la tumba.

Mis ojos repasaron la escena del entierro, en la que el cura se disponía a hacer su rezo.

En esa escena tan triste, tan extrema, en ese grupo tan desolado -en el centro de todo, la mujer, Isabel, y la hija, Alicia, y viejos amigos como Tomás Segovia-, en ese grupo cervantino en su humana humildad ante el acabamiento, se abría una llamada apasionada, fruto de esa que he llamado la segunda presentación, la de la Muerte, que me invitaba a lanzarme contra ese cuadro vivo con ánimo esforzado. A hacerme uno con él, a mirarlo desde una cercanía abismal. Y al *tocarlo* así con mi conciencia, se transformó en un cuadro misteriosamente jubiloso. El sacerdote comenzó a leer despacio los versículos de un salmo que Ramón amaba mucho -y que había sido elegido para este momento por su esposa- el Salmo 116, “salmo de Acción de Gracias”:

Aleluya!
Yo amo, porque Yahveh escucha
mi voz suplicante;
porque hacia mí su oído inclina
el día en que clamo.

Las palabras del salmo, lentamente pronunciadas, cobraban para mí en este entorno toda su esplendorosa verdad, en el silencio de la mañana. Se fueron devanando en el aire, como incienso, hasta su estrofa final:

Vuelve, alma mía, a tu reposo,
porque Yahveh te ha hecho bien.
Ha guardado mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas
y mis pies de mal paso.
Caminaré en la presencia de Yahveh
por la tierra de los vivos.

Y se acentuó a mis ojos esa transfiguración de la escena de duelo y muerte. De pronto, esa escena de desolación, de rostros serios, empezó a llenarse muy poco a poco de luz, una luz que no provenía del día nuboso sino del interior de la misma imagen del grupo. Conforme las palabras del salmo se alzaban en el aire gris, la luminosidad se hacía más intensa, iba más allá de todos nosotros, versículo a versículo, hasta alcanzar una entonación llena de gracia, de misterio gozoso. Y los rostros graves, y los brazos cruzados tomaban otro sentido. En esta segunda presentación de Gaya ante todos los hombres creí sentir que había, si miraba bien, un cortejo de acompañantes espirituales: un entierro vuelto del revés, un ex-tierro, una proclamación de dicha, un nacimiento hacia dentro –hacia lo más hondo–, facilitado por esa vecindad abismal que hay en los momentos extremos de la existencia.

Terminó el salmo. Y hubo un instante de silencio en el que cabía el mundo... Lentamente la realidad terrena de las cosas volvió a posarse sobre todo. Y de nuevo volví a mi humana tristeza por el amigo muerto.

Aún ahora, al escribirlo, me siento un poco en esa mañana gris de octubre. Mi mano termina de trazar estas líneas. Gaya creyente.

Murcia, 2010